

La adicción entre los caminos de la pulsión de muerte.

El de las adicciones es un campo que nos remite a una problemática de tinte social, de salud, de políticas públicas, de seguridad, pero a la vez a problemáticas comunitarias, familiares y personales; se habla de adicciones desde lo más general a lo más individual e íntimo. Los diferentes abordajes determinan sus alcances dentro de esa escala, y muchas veces se exagera o se constriñe el entendimiento de las adicciones a uno solo de los tipos de problemática. El presente ensayo parte de un interés por acercarse al campo vivo y complejo como es el de las adicciones, desde el nivel del sujeto adicto con una perspectiva psicoanalítica; se intentará una aproximación que abra y permita desplegar la comprensión de una subjetividad sufriente y gozante a la vez.

El interés por las adicciones y por entender la constitución de un sujeto adicto, surge del contacto con una agrupación de adictos en rehabilitación, donde se ha llevado a cabo observación participante de juntas de un grupo de alcohólicos durante 7 meses. Asimismo, se ha tenido interacción con miembros de otros grupos tanto de Familiares y Amigos de Alcohólicos (Alanon), de jóvenes (Alateen), y de Codependientes (Coda),

AUTOR

Casimiro Arce Arriaga
Formando CPM-GDL

Fecha de recepción: 21/06/2021
Contacto: casimiroarce@live.com

que forman parte de la misma agrupación. De lo visto y escuchado ahí es que se extrae lo que esta agrupación de adictos en rehabilitación entiende por adicción y por sujeto adicto, y que se busca poner en diálogo con el abordaje psicoanalítico.

Para abordar al sujeto adicto, el aporte del psicoanálisis es que permite pasar por la constitución del aparato psíquico. ¿Qué pasó en la estructuración del sujeto adicto? Se recurrirá a la mirada psicoanalítica de Freud, sirviéndo-



Pieter Bruegel el Viejo, *El triunfo de la muerte* (fragmento), 1562.

se de la grandiosa complejización a la que llegó con la introducción de la llamada “segunda tópica”, que significó una profundización del conocimiento sobre el aparato psíquico y su funcionamiento, pues la segunda tópica no cancela a la primera, sino que con ella se amplía el repertorio conceptual.

El recorrido por el aparato psíquico nos remitirá a la problemática social, puesto que hablar de subjetividad desde aportes del psicoanálisis freudiano no es hablar de un individuo, sino de una particularidad puesta en relación y siempre atravesada por el otro, por los otros, por la cultura. Utilizar los términos de Yo, Ello, Superyó muestra un componente social, pues remiten al otro, que para el individuo cuenta, “como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo” (Freud, 1921, p. 67). De modo que la psicología individual es psicología social y viceversa.

Asimismo, en un abordaje psicoanalítico de la constitución del sujeto adicto, se hace patente lo que Freud descubrió a su vez al profundizar en el conocimiento de la vida anímica, que es un elemento fundamental para explicar el funcionamiento y constitución del aparato psíquico, y que paradójicamente está en el corazón de la vida misma, se trata de la pulsión de muerte.

En 1914 en el texto *Introducción del narcisismo*, Freud logró no sólo explicar fenómenos observables en la clínica y en la vida cotidiana, como delirios de grandeza, onanismo, solipsismo, o bien, brotes paranoicos, o el mecanismo observado en las psiconeurosis y descrito como parte del funcionamiento pulsional, donde se da el *retorno sobre sí mismo* de las mociones pulsionales, que en la enfermedad sufren

desvíos de su destino “normal”, es decir, la descarga, regresando hacia el sujeto mismo. Todo esto le permitió a Freud inferir un mecanismo muy primario y primordial en el desarrollo del aparato psíquico: el narcisismo.

La relación con otros objetos del mundo exterior, parte primero por una relación que se tuvo consigo mismo, el yo tuvo que hacerse primero objeto: “nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias” (Freud, 1914, p. 73).

Para el desarrollo de todo ser humano, habría una dosis necesaria de egoísmo para la conformación de un aparato psíquico y para lograr la autoconservación. La energía libidinal que en un momento muy temprano estaba libre, dirigida al mundo exterior, tuvo que dirigirse al yo para conformarlo. El narcisismo primario es constitutivo, pero después, el aparato psíquico tuvo que dirigir esta energía de vuelta a los objetos del mundo exterior para proseguir con su desarrollo y relacionarse con sus semejantes, a la vez que no puede dejar de estar relacionado con el yo, pues el este requiere de esta energía para existir. La tensión entre el yo y los objetos se mantendrá durante toda la vida:

Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite (Freud, 1914, p. 73).





Pieter Bruegel el Viejo, *El triunfo de la muerte* (fragmento), 1562.

Posteriormente, Freud amplía su teoría sobre el narcisismo con la precisión del papel del ello en el proceso:

Al principio, toda libido está acumulada en el ello, en tanto el yo se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. El ello envía una parte de esta libido a investiduras eróticas de objeto, luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor. Por lo tanto, el narcisismo del yo es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos (Freud, 1923, p. 47).

Se distingue en un primer momento de la teoría de Freud entre las pulsiones yoicas (de autoconservación), y pulsiones sexuales (de relación de objeto). Posteriormente, con el recorrido por el “más allá” del principio de placer, las pulsiones yoicas y las pulsiones sexuales serán agrupadas en pulsiones de vida (Eros), que se contraponen a la pulsión de muerte, que es por su parte, entre otras cosas, la tendencia a volver al estado inanimado y

que tiene como manifestación, entre otras, la compulsión a la repetición.

Para entender la introducción de la pulsión de vida y la pulsión de muerte, es necesario primero volver a remitirse al funcionamiento y conformación del aparato psíquico, distinguiendo dos principios de su funcionamiento que concuerdan entre sí, se trata del principio de constancia, en donde el aparato psíquico busca siempre tener un mismo nivel de tensión o energía y hace todo lo posible por regularla, y el principio de placer, que es la tendencia del aparato por evitar el displacer, y buscar el placer, que sería igual a la descarga de tensión en el aparato psíquico. Pero Freud ante la evidencia clínica y la observación de la vida cotidiana encuentra que hay muchas excepciones a estos principios, en especial en cuanto al imperio del principio de placer:

Por tanto, la situación no puede ser sino esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado

final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer (Freud, 1920, p. 9).

Se tiene que pensar en un más allá de este principio de placer, en donde se juega el principio de realidad y el desarrollo del yo, en un desarrollo donde se juega el trauma que se entiende con posterioridad, donde la angustia, como energía no ligada, es constitutiva y es generadora de compulsiones, de intentos de tramitación de lo que no está ligado. Freud observa en el juego de un niño el papel que tiene la repetición, que es un intento de vivir como activo una vivencia que se ha vivido pasivamente, de adueñarse de una situación, en este caso de la presencia y la ausencia de la madre. También observa que esa repetición en el juego es búsqueda de placer, la repetición es gozosa, es placentera. En esta tramitación de los objetos del mundo a través de una *pulsión de apoderamiento*, se juega esta búsqueda de placer, que a la vez es dolorosa, sería la concepción de goce lacaniano, porque en la repetición no se ahorra el dolor, sino que placer y dolor se engarzan y se confunden.

Otro ejemplo de esta compulsión de repetición es el fenómeno de la transferencia, en donde se actúan las formas de relación presentes en la vida cotidiana del paciente con el analista, y esto es una resistencia al tratamiento por parte del paciente:

no adquiere convencimiento ninguno sobre la justeza de la construcción que se le comunicó. Más bien se ve forzado a *repetir* lo reprimido como vivencia presente, en vez de *recordarlo*, como el médico pretendería, en calidad de fragmento del pasado (Freud, 1920, p. 18).

La repetición tiene que ver con lo reprimido, con lo inconsciente, y es la actuación de algo que no está ligado, que no está apalabrado, y a la vez es un intento de elaboración, de hacer una ligadura.

Perono es que el inconsciente se resista, puesto que el inconsciente está compuesto por representaciones libres y con una lógica propia, sino que la resistencia es en propiedad del yo. La segunda tópica permite pensar el proceso analítico de forma dinámica, puesto que si lo inconsciente reprimido no es lo que ofrece resistencia, sino que más bien busca la salida, la descarga en concordancia con el principio de placer, es la resistencia entonces propia de instancias más altas, el conflicto está entre el yo con lo reprimido: “Lo que la compulsión de repetición hace revivenciar no puede menos que provocar displacer al yo, puesto que saca a luz operaciones de mociones pulsionales reprimidas” (Freud, 1920, p. 20). Hay descarga placentera en un sistema, en el inconsciente, y hay displacer en otro sistema, el yo. Una muestra más de un más allá del principio del placer, donde se puede cumplir este principio en un sistema, pero no en otro, sino que entran en juego otras consideraciones dinámicas; el funcionamiento del aparato psíquico no es simple ni lineal, sino que se compone por varias capas yuxtapuestas que sí tienen correlación, pero se trata de relaciones múltiples y multívocas entre las instancias de la primera y la segunda tópica.

La compulsión de repetición remite al carácter pulsional que se opone al principio del placer. Pulsar, pulsión, pulso, remite al cuerpo. Esa energía libre insiste ser ligada, y la ligadura no acaba de llegar o no es suficiente, por eso se repite: “Cada nueva repetición





parece perfeccionar ese dominio procurado; pero ni aun la repetición de vivencias placenteras será bastante para el niño, que se mostrará inflexible exigiendo la identidad de la impresión” (Freud, 1920, p. 35). Se

busca en la repetición volver al placer originario, a volver al estado en el que éramos uno con la madre, remite al narcisismo primario, una especie de infantilismo que insiste.

Si bien en la repetición puede haber novedad, y por eso hay posibilidad terapéutica, también se muestra que hay una parte del inconsciente que no es susceptible de ser ligado, que hay una represión originaria que no es accesible a la conciencia, que buena parte del ello es oscura e inaccesible:

El enfermo se comporta en esto de una manera completamente infantil, y así nos enseña que las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias del tiempo primordial no subsisten en su interior en el estado ligado, y aun, en cierta medida, son insusceptibles del proceso secundario (Freud, 1920, p. 36).

Ahí es donde está el más allá del principio de placer: en la tendencia humana a repetir, a repetirse. “Más allá” es previo, es más originario. La repetición es más originaria, más primaria, tiene que ver con lo pulsional.

El carácter pulsional tendría que ver entonces con un esfuerzo por repetir un estado anterior, retornar al estado de inanimación originario, una inercia de lo orgánico, volver a la muerte:

Aquí no puede menos que imponérsenos la idea de que estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones (no reconocido con claridad hasta ahora, o al menos no destacado expresamente) y quizá de toda vida orgánica en general (Freud, 1920, p. 36).

La vida es una chispa de excepción entre la oscuridad de la muerte: “La génesis de la vida sería, entonces, la causa de que esta última continúe y simultáneamente, también, de su pugna hacia la muerte; y la vida misma sería un compromiso entre estas dos aspiraciones” (Freud, 1923, p. 42). Eros sería esa chispa, y la pulsión de muerte originaria se vio perturbada por este impulso de eros, que es un rodeo de eso originario, un impulso contra la inercia de lo inorgánico.

Mientras la inercia de la pulsión de muerte avanza, el eros es un dique que jala para atrás, que busca prolongar la chispa de la vida. A su vez, cada vez que la vida avanza, que se hacen agrupaciones, síntesis y relaciones, la pulsión de muerte es un dique que busca destruir el flujo de eros. Ninguna pulsión se encontrará en la sociedad de manera pura, sino mezclada entre pulsión de

vida y pulsión de muerte. Cuando aparece el concepto de pulsión de muerte, se trastoca todo lo que se había dicho anteriormente sobre las pulsiones, y lo que había dicho de eros. El principio de placer está al servicio de la pulsión de muerte, y tiene un más allá, que es el eros que busca detener la descarga. La pulsión de vida y la pulsión de muerte se debaten en todos los niveles del aparato psíquico.

Eros es el causante de que vivamos en comunidades. Freud recurre a la biología para entrar a la discusión filosófica de la vida y la muerte, al hablar de los protistas y de procesos de la biología, “En ella discurren de continuo dos clases de procesos de orientación contrapuesta: uno de anabolismo —asimilatorio— y el otro de catabolismo —desasimilatorio—” (Freud, 1920, p. 48). Eros como conjugación de lo orgánico, en unidades cada vez mayores, es unión, vínculo, relación. La pulsión de muerte sería la destrucción del vínculo, la disolución de la ligadura. La existencia humana se debate en la tensión entre las pulsiones de vida y muerte, a veces prevalece una y luego la otra, pero nunca están puras, sino mezcladas. Siempre son dos las pulsiones, hay mezcla y desmezcla (Freud, 1923, p. 42), pero no hay acto humano que no tenga los componentes de vida y muerte. El soma es pulsión de muerte, tiende a lo inorgánico y a la descarga, el genoma, es pulsión de vida (plasma seminal), busca la reproducción y la inmortalidad.

El psicoanálisis está en un terreno intermedio entre la biología y la filosofía. En los humanos a la necesidad hay que traducirla como pulsión; la necesidad en el hombre está atravesada por la cultura, por el deseo.

Al ser humano no lo podemos entender como meramente instintivo, porque desde antes de nacer ya está atravesado por los otros, por la cultura y el lenguaje. Los otros nos erotizan, y es por los otros que podemos ordenar el mundo y estructurarnos psíquicamente. El desarrollo psicosexual tiene que ver con que haya otro que demande. El hambre humana es un buen ejemplo de pulsión, pues la necesidad fisiológica de nutrientes es solamente un pequeño componente de la alimentación. Para el niño su excremento no es nada más excremento, es una parte de sí mismo que la pierde frente a un otro. Eros no es nada más pulsiones sexuales, sino que coincide con el de los poetas y el de los filósofos: “[lo] que cohesiona todo lo viviente” (Freud, 1920, p. 49). La teoría de la libido ahora es eros. En cambio, la pulsión de muerte es lo que deshace el vínculo, y que “han de estatuirse en el interior del yo y quizá puedan pesquisar en las pulsiones de destrucción” (Freud, 1920, p. 59).

La pulsión de muerte es uno de los dos principales principios de funcionamiento del aparato psíquico. La pulsión de muerte no tiene representación, no hay cogitativa. No se vincula al lenguaje, es del orden de lo reprimido. El tema con la pulsión de muerte es que no hay representaciones, sino que su función es desligar. En cambio, el trabajo analítico busca generar enlaces, así es la función de símbolo y síntoma. Las pulsión es de vida y muerte siempre están trenzadas. En esas repeticiones siempre hay un elemento novedoso, y ese elemento novedoso es lo que permite ligar con la vida. Construir enlaces que le permitan al sujeto darse cuenta.



La pulsión de muerte tiene un elemento muy interesante, su fuerza no se desgasta, pues viene del ello, y el ello está en frontera con lo somático. La pulsión no tiene representación, sabemos de la pulsión sólo por inferencia por medio de sus signos, sólo hay representación de la representación en el aparato psíquico, por eso Freud insiste que la teoría de las pulsiones es oscura, porque solo podemos saber de ellas por sus representaciones, más aún, por sus representaciones de representaciones. La pulsión de muerte saca su fuerza del ello y es necesaria para la vida, y también toma la fuerza de síntesis del eros, pero para la destrucción. Es una inercia, se opone a los cambios, a lo desconocido, y no se la puede eliminar, solo bordear.

¿Qué pasa entonces con el sujeto adicto? Lo que se dice en los grupos de adictos en rehabilitación es que el adicto tiene un ego exacerbado, es decir, narcisismo exacerbado en términos metapsicológicos, que no le permite relacionarse con los otros ni con las cosas del mundo, sino que su placer y lo que cree que es su bienestar, lo ocupa por entero. Es en la relación con la sustancia de la que se engancha, en lo que pone toda su energía. Este ego le hace tener un sentimiento de

grandeza y omnipotencia, en que, por ejemplo, no cree tener un problema con su consumo de sustancias. Detrás de este sentimiento de grandeza, hay un sentimiento de vacío, de no sentirse adecuado, de siempre dudar del cariño de sus propios padres, pues el ego es una reacción de ese vacío que se intenta llenar con el consumo de la sustancia adictiva.

La adicción sería entonces el producto de una herida profunda, pues en el momento mítico del narcisismo primario, donde aparece el Yo y simultáneamente aparece el otro, hubo una fuerte dificultad. Un problema como la adicción sería el resultado de una herida profunda relacionada con el conflicto del encuentro con el otro en el instante primordial de la conformación del yo, entonces el sujeto se queda atrapado en su narcisismo:

que ciertas personas, señaladamente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación [...] no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su persona propia. Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de



Pieter Bruegel el Viejo, El triunfo de la muerte (fragmento), 1562.

objeto que ha de llamarse *narcisista* (Freud, 1914, p. 85).

En la droga el sujeto adicto busca ese objeto perdido que en el momento originario le dio una gran satisfacción, que tiene que ver con una sensación de unidad con la madre, con el todo, con el universo, con Dios. Por eso refieren una sensación de pérdida y de vacío que se les presenta en todos los aspectos de su vida, en todas sus relaciones, pero la pérdida es de mucho antes, es constitucional. De ahí que se rehúsan a abandonar ese objeto perdido que creen encontrar en cada consumo, pues este objeto está sobre investido. Lo buscan con todas sus fuerzas, y no es una cuestión que tenga que ver con la voluntad consciente, sino que está en su cuerpo, encarnado y su motivo es inconsciente.

La pulsión de muerte es muda, es proceso primario. No tiene palabra, pero se puede dar cuenta de ella solo por la palabra. El proceso de elaboración nunca termina, en todo caso, en el día en que morimos. Siempre gana la muerte, eso vislumbra Freud, pero hay algo de mí que no quiere morir, y algo de mí que sí quiere. Aún en el suicidio hay mucho eros, en la adicción también. En la adicción, hay un atrapamiento en la búsqueda de placer, un placer total, oceánico, con el que se busca cancelar, por medio del consumo de la sustancia, la fuerte tensión que al adicto le genera el mundo, su historia, su vida. En el consumo adictivo, el eros se mostrará en la creatividad, la euforia, la superación de inhibiciones y taras, en suma, en la búsqueda de la vida, que sí se busca en la adicción, pues los adictos, por lo menos en un principio, no consumen para morir sino para recuperar su vida, enriquecerla, vivirla con placer.

Sin embargo, este placer cada vez es más efímero y elusivo, cada vez se requieren dosis más altas para poder alcanzarlo, y pronto lo que se obtiene es más dolor donde se buscó evitarlo, y los daños a sí mismo y a los demás crean una espiral de sufrimiento y destrucción. El goce es hacer lo que se pueda con lo que se tiene, con sufrimiento y placer, con placer en el sufrimiento, e idealmente sin llegar a morir. El adicto, que con la droga busca la vida, se detiene ante la muerte, se le acerca, le coquetea, y ella muchas veces sí gana.

Para el adicto no importa que el consumo les destruya el cuerpo y la vida, o que su adicción les afecte a sus seres queridos o que incluso se perjudique a la sociedad en la forma de actos delictivos, por ejemplo. Desasirse del objeto de amor perdido en que se volvió la droga será muy trabajoso para el adicto, y se logrará poco a poco –dice el programa de Alcohólicos Anónimos que “solo por hoy”– con un gran gasto de tiempo y energía, hasta que se pueda integrar esa pérdida, y se pueda relanzar la energía a otros objetos; religarse desde una nueva posición, que se lograría a través del análisis de las determinaciones que se han jugado a lo largo de la historia del sujeto, según el psicoanálisis, y a través del seguimiento del programa que busca la sobriedad y la integración a una comunidad, según la propuesta de los doce pasos de Alcohólicos Anónimos.

Como hemos visto, la pulsión de muerte es previa, es primaria, viene del estado inanimado. El eros es posterior, es una chispa en el vacío, y el eros nos lo enseñan los otros, viene de la relación social, de la cultura en la que nacemos. La apuesta ética de Freud es



por la vida social, aportarle a la vida, buscar el placer, pero sobre todo, tolerar el displacer. El psicoanálisis no nos va a quitar el goce, no vamos a poder renunciar a él porque nos llevaría a la muerte, se trata de sufrir menos, crear más, etc. Es una apuesta por la vida social. No se trata de ser “normópatas”, de obedecer pasivamente, sino de entender que de la sociedad es de donde provenimos, y que por ella se sufre, pero que vivir es sufrimiento y vivir incluye a la muerte.

El presente trabajo es una aproximación al campo de las adicciones y de la constitución del sujeto adicto al enlazar la experiencia y los saberes de una agrupación de adictos en rehabilitación que se adscriben a la terapéutica de los doce pasos de Alcohólicos Anónimos con la mirada psicoanalítica.

Ante la pregunta de: ¿Qué pasó en la estructuración del sujeto adicto?, el psicoanálisis permite indagar en el proceso de la constitución del aparato psíquico, y cómo se dan las fracturas psíquicas, o, en otras palabras, cómo se genera

un proceso patológico, que luego lleve a desarrollar una adicción.

Para abordar la fractura psíquica del sujeto adicto se recurrió a la introducción del narcisismo para explicar el problema del ego, de la relación con la droga y del sentimiento de vacío al que refieren los adictos en rehabilitación, así como a la búsqueda de la vida presente en toda adicción, y al encuentro con la muerte en el exceso.

A la indagación se abren los caminos de profundizar en la perspectiva social a la cual remite la constitución psíquica y sus fracturas, que se posibilita con la introducción de la segunda tópica, que fue derivada de la introducción del narcisismo dentro de la teoría freudiana. Asimismo, se vislumbra el papel que tendría la pulsión de muerte en la constitución y el funcionamiento de la vida anímica de todo ser humano, y la particularidad que tendría en la constitución del sujeto adicto, que con su adicción podría quizás bordear la psicosis, darle rienda suelta a su perversión, soportar una neurosis en agravamiento, pero donde seguramente se aproxima a la muerte. El de la adicción sería un camino florido de lucha entre la vida y la muerte, entre el placer y la destrucción, entre el vacío y el desbordamiento, entre el egoísmo y la difícil relación con los otros; los otros que duelen y de los que se busca vengarse, pero que también se los procura y añora. En suma, entre la tensión de fuerzas que buscan por un lado ligar y por otro lado desligar.

Lo que permite ver este ejercicio, a través de la introducción del narcisismo, es que desde el saber de los adictos en rehabilitación y de la teoría psicoanalítica, el



Pieter Bruegel el Viejo, *El triunfo de la muerte* (fragmento), 1562.

papel de los otros es insoslayable, tanto en la conformación de una patología que se vuelve problemática social, como en la consecución de las propuestas terapéuticas, donde Yo es Otro, donde uno es una masa de por lo menos tres. Asimismo, desde la adicción se muestra que pulsiones de vida y de muerte se juegan en donde algunos dirán que solo hay muerte. 🧠

Referencias

Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo *Obras Completas* (Vol. XIV, pp.65-98). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas* (Vol. XVIII, pp. 1-62). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas* (Vol. XVIII, pp. 63-136). Amorrortu Editores.

Freud, S. (1923). El yo y el ello. *Obras Completas* (Vol. XIX, pp.1-66). Amorrortu Editores.

